ABC
MADRID

PressCut Service

OJD: 293053

13/04/2002

Dos grandes autores italianos

Las pequeñas virtudes
NATALIA GINZBURG
Traducción de Celia Filipetto
El Acantilado. Barcelona, 2002
164 páginas; 11 euros

Algo de fiebre
SANDRO PENNA
Trad., introd. y notas: Luis Antonio de Villena
Pre-Textos. Valencia, 2002
164 páginas, 11,54 euros

DOS libros de relatos, de falsos ensayos en uno de los casos, y más bien pequeños mosaicos autobiográficos de alta literatura en los que intervienen la memoria y la experiencia personal, acaban de ser publicados en nuestro país. Los autores son dos de los más importantes del siglo XX en Italia: el poeta Sandro Penna (Perugia, 1906-Roma, 1977) y la narradora Natalia Ginzburg (Palermo, 1916-Roma, 1991). Ambos parecen ser unos evadidos del género auténtico que les dio la fama algunos relatos de *Algo de fiebre* parecen capítulos robados a una novela que nunca se escribió y, por su parte, alguno de los textos de Ginzburg en el que es uno de sus mejores libros, *Las pequeñas virtudes* (del que existía una traducción en Alianza), también revela a una escritora que en un principio creyó nacer para poeta.

J. Pagola

Léxico familiar

Más tarde se dedicaría a su absorbente trabajo como narradora. Ahí estarían bellísimos libros como *Las palabras de la noche*, *Nuestros ayeres*, o su primer libro, de 1942, *El camino que va a la ciudad*, escrito durante su confinamiento en la región de los Abruzzi, durante la época fascista, y firmado aún como Alessandra Tornimparte, ya que a causa del origen judío de su familia, los Levi, y de las leyes raciales, tuvo que abandonar su verdadero apellido. Aunque, sobre todos sus libros, destaca *Léxico familiar*, de 1963. En él, y a través de la historia de su familia, se revelaba lo mejor de esta escritora: la irónica, perspicaz, delicada y detallista observadora, el consciente y lúcido testigo de su época, la creadora humilde, siempre en segundo plano y distanciada de los errores y distorsiones de un posible «yo» que, desmesuradamente potenciado, ahogaría la riqueza de los otros muchos y preciosos murmullos que ella sabía escuchar.

En el libro de ahora hay que destacar dos textos magistrales: el recuerdo a la muerte de su querido Pavese, de su grupo o *clan* de amigos de Turín, reunidos en torno a la editorial Einaudi y al PCI, al acabar la guerra, un recuerdo en el que prima la realidad desnuda, única, inconmovible, que se opone con rudeza a ese sentimentalismo tan frecuente a la hora de abordar la tragedia de los desaparecidos, y «Él y yo», relato lleno de esa mezcla de humor y sabia melancolía que tanto la caracterizaba, en el que describe a un matrimonio de intelectuales separado por todo menos por un callado amor y una inconfesable devoción mutua, que era en realidad fiel retrato de su segundo matrimonio con el escritor Gabriele Baldini.

Por su parte, Sandro Penna, que al final de su vida vería desarrollarse un auténtico culto hacia su persona y su obra, gran amigo de Pasolini, que lo consideraba «posiblemente el más grande poeta» de su época, fue descubierto por el triestino Umberto Saba, que lo conoció en 1932 en Roma y que inmediatamente le escribió un telegrama al Nobel Eugenio Montale, que vivía en Florencia: «Encontrado turbador poeta stop retraso la llegada». La obra poética de Penna se reuniría en *Tutte le poesie* (1970). Injustamente tratado en ocasiones como escritor dirigido a un colectivo, el homosexual, sufriría la misma reducción de apreciamiento que otros como Primo Levi, también durante años (y aún hoy) encasillado sólo como escritor especializado en los campos de exterminio.

Exaltación de todo lo vivo

El conjunto de relatos reunido en *Algo de fiebre* es una exaltación de todo lo vivo, por oculto, pequeño y esquivo que se presente. Penna se sumerge en esos puntos parpadeantes, confundido en sus incesantes y sensuales abrevaderos de emociones, de estremecimiento por todo lo sencillo y elemental. Disfruta del furor de vida, del bullicio, de la espontaneidad, de la embriagadora variedad de acentos distintos en la gente que se va encontrando por el camino, de esa «nativa pureza de sus miradas», eludiendo la idea canónica de la belleza. En el libro de Penna abundan los vagabundeos, las declaraciones de un amor individual, intransferible, a veces incomprensible, por ciudades, a las que otorga cuerpo, carne, alma, y que logra transcribir, como todo lo acariciado y devorado con su mirada, maravillosa y febrilmente: «Siento con lucidez el amor de la ciudad como si fuese una persona».

Mercedes Monmany